

Ángela Martín del Burgo

Dónde la muerte
en Ámsterdam



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°73—

MADRID • MMXVII

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

De la obra © : ÁNGELA MARTÍN DEL BURGO
Del prólogo © : MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de la cubierta © Trentemoller

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Junio 2017
I.S.B.N: 978-84-947160-2-7
Depósito legal: M-15733-2017

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

ÁNGELA MARTÍN DEL BURGO:

ALLÍ ANIDAN LOS SUEÑOS DE INFANCIA

Tal vez existan varias “clases” de poetas, aunque la poesía sea una clara expresión de sentimientos y anhelos. Una de esas clases es la del viajero, aquel escritor que, teniendo una buena formación y un buen bagaje de lecturas, es amante de los paisajes, del mundo y de los seres humanos que aparecen cerca de las fuentes o de los horizontes.

Ángela Martín del Burgo en varios de sus libros, como “*Poemas de viaje*” (Huerga & Fierro 2011) y “*Enigma y misterio de viajes y otros poemas*” (Huerga & Fierro 2016) ha demostrado que el mundo está en la punta de la pluma. Estos títulos preceden a “*Dónde la muerte de Ámsterdam*”, que incide en ese universo de paisajes y vivencias, sin menoscabar sentimientos, entusiasmos y recuerdos.

El libro comienza con una emoción: “*Era un anocheecer de agosto*”, y sigue “*El poeta habla de la amada*”: “*La amada es el espejo mágico de la infancia*”. Una lectura apacible nos permitirá transitar por sueños y geografías, convivir con ellos y, a veces, identificarnos con una avenida o un rostro. “*Son cortas las tardes de invierno*” es el título de otro poema. La infancia, el pasado, las leyendas de ilusiones o vivencias que la inspiración trata de retener, aunque a veces están a flor de piel: “*Mi madre soy yo*”, leemos.

El volumen se divide en varias partes: *“El amor y la muerte”*, *“Ciudades”*, *“Poemas de Daimiel”*, *“Dónde la muerte en Ámsterdam”* y un epílogo: *“...si el hombre es camino fronterizo, la poesía franquea estas fronteras, las recorre, las habita”*. Y es verdad. Ángela Martín del Burgo, Doctora en Filología y Profesora de Lengua Española y Literatura, hace suyos los caminos de esos espacios exteriores por los que es preciso deambular y donde encontramos los verdaderos secretos de la existencia. Puede ser por la *“Gran Vía del dolor”*: *“He visto la muerte / paralizar la mirada/en el punto álgido del misterio”*, u otros espacios urbanos donde todo es posible. Veamos Barcelona (*“El misterio de la vida es azul”*). En la Europa de la aventura surge *“Praga”* como el lugar donde *“gesticulantes estatuas entablan animado diálogo”*; en Marsella asistimos a esa *“Levedad, ingravidez, aire, cielo / el universo en movimiento...”* (*“El nadador”*).

El texto se va desenvolviendo dentro de los cauces de un ritmo musical muy apropiado para los sucesivos poemas, para la espléndida concentración de idealizaciones y de momentos gratos en que la autora se ve sumergida. Su cometido es encontrar nuevos horizontes y al hallarlos, como decía Alfonso S. Palomares en el prólogo a *“Enigma y misterio...”*, promete a los lectores *“un viaje cargado de sugerencias”*. *“Más allá de Verona no existe el mundo”* escribió William Shakespeare en *“Romeo y Julieta”*. En los versos de este libro todas las ciudades son Verona, todo el mundo se encuentra en una torre, en la fachada de una catedral o en el viandante de cualquier avenida.

En los *“Poemas de “Daimiel”*, dedicados a sus padres, la autora realiza una detenida introspección del pasado, una sosegada evocación de la infancia, una reinención de los trabajos y los días, de la delicada historia de una época difícil que, aún sin nombrarla, forma parte de ese todo entre perezoso y edulcorado que constituyó parte del tiempo no

perdonado que nos condujo a este siglo XXI en difícil equilibrio. “¡Ay, luna!, / no te pierdas...”, escribe Ángela Martín del Burgo y, recalca, “Mis padres edificaron la casa / y la arrasó el viento”, no para inspirar compasión, sino para constatar esas situaciones que patentizaron los tiempos irremediablemente complicados en que ausentes determinados valores la vida se tornaba algo gris: “El parque” es un poema delicado, tierno, preciso, donde la desolación cobra valor de algo real, donde se certifica la situación de un pueblo y una sociedad: “Nadie transita en la noche fría / sólo la conciencia de dos hombres / uno paseando y otro tras la ventana / iluminan el parque de anochecida”. Lo demás es parte de esas materias donde germina el dolor, se transforman las ideas o se modifica la realidad. Todo aparece un poco contaminado por un ambiente de cierta agonía que, sin embargo, aún puede transformarse. De hecho, la vida ha seguido su curso por los senderos de una concordia a veces poco imaginada.

Los últimos poemas tienen como especial protagonismo a una hermosa ciudad amenazada por vicios y pasiones que se llama Ámsterdam, después ya de haber transitado por cercanos espacios abiertos a todos los enigmas, como Madrid, Barcelona, Vizcaya, San Sebastián, Sevilla, Salamanca, o, incluso, París, Biarritz, Burdeos, Londres, Saint Martin in the Fields, Munich, Viena, Niza, Marsella, Lisboa, Praga...Nos queda recordar algunos versos, algo estremecedores, repletos de indagación y de un análisis expresado con tanto acierto. Por Ámsterdam deambulan los más raros especímenes del género humano, los (aparentemente) más íntegros seres, artistas, junto a violencias y ruindades. Como infinitos tulipanes y plantas de marihuana o rosas de los más espléndidos colores junto a la aureola de vagabundos apátridas. Y todo ello al lado del espíritu de los grandes artistas, músicos, creadores, filósofos: Bach, Händel, Spinoza, Van Gogh, Rembrandt, Vermeer.

La autora, nacida en Morón de la Frontera (Sevilla) y, seguramente, habitante de un mundo de espejos transparentes escribe: *“Entre el humo de cigarrillos de hachís, / la vida también se aguarda / se olvida y pasa”*. Tal vez la poesía de viajes, o la reflexión sobre el amor y la muerte, sean los temas preferidos por los poetas audaces, por las escritoras y escritores que hacen suyos todos los caminos y, con el tiempo, son perfectamente capaces de hablar de aquello que van encontrando a su paso. Su idea, tal vez oculta, es la de invitar a los demás a iniciar el mismo viaje, como si se tratara de un reto al inmovilismo de unas sociedades aburridas, asentadas en la comodidad de la ignorancia. Y esas apreciaciones valen para los críticos aparentemente intelectuales, para los periodistas preocupados por el devenir negativo de las bolsas de comercio o para los políticos, corruptos en una determinada mayoría, pero también para los desencantados ciudadanos de una Europa enzarzada en la negatividad, de la cual sólo la poesía podrá rescatarnos, al menos si se trata de obras como la de Ángela Martín del Burgo.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO
Majadahonda, 23 de Abril de 2017.

Dónde la muerte
en Ámsterdam

1.

El amor y la muerte

Passavamo la sera a discorrere d'amore e di morte.

«Suicidi», Cesare Pavese.

Era un anochecer de agosto

Era un anochecer de agosto,
cuando las hojas de los árboles
comienzan a estremecerse y suspirar
barriendo así el calor del día
e inaugurando un nuevo frescor.
Un grupo de jóvenes radiantes
cruzaba el jardín alrededor de la fuente.
El río abarquillaba las aguas
y las pequeñas lanchas en la negrura
dejaban atrás una estela de plata.
Solitario frente a la baranda,
pensé en tu sonrisa
que ofrecía paraísos por descubrir,
y en tus ojos, tus ojos
que abrían pasadizos
que, otrora, hubiese imaginado
solo de la muerte.

El poeta habla de la amada

*Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas estrañas,
los ríos sonorosos,
el syluo de los ayres amorosos.*
San Juan de la Cruz

La amada es el espejo
que nos refleja mundos desconocidos.

La amada es el espejo en el que más
nos gusta contemplarnos
y del cual los otros nada saben,
y en el cual los otros nada ven.

La amada es el espejo
en el que la verdad
de nosotros mismos
—el llanto inconsolable
y el amor infinito—,
inopinadamente se revela.

La amada es el espejo mágico de la infancia.
La mano de la amada nos traslada a la mano de la madre,
de la cual nos perdimos en una playa lejana
y no fuimos capaces de volver a encontrar.

La amada es el puente
a través del cual recorreremos
otros mundos que, no sabíamos,
se encontraban en este.

La amada es la revelación

de un mundo infinito,
sin fronteras, sin límites.
Es la arena innumerable de la playa
y el mar en su perpetuo fragor,
al que nos arrojamos
en la caída del amor,
to fall in love.
La amada es la piel encendida;
el tiempo, que se ha hecho
sensible al corazón.
La amada es el mayor de los misterios
en un mundo sin enigmas.
La amada es el pozo inagotable
de las mil y una noches.
La amada es la amada,
la que esperábamos,
la que nos habíamos cansado de esperar
y cuya espera nos había envejecido
y ahora nos devuelve la eterna juventud.
Es ella, la amada.

El poeta teme la pérdida del amor

Si deja de llamarte y el olvido llega,
otras cosas del otro lado aparecen:
los paisajes solitarios,
el brillo de la luna,
el frío espectral cuando anochece,
la oscuridad sin deseo ni esperanza,
el ladrido de un perro
en la noche perdida
en busca de su amo,
un callejón sin salida
y la carrera del miedo.

Días de sol y playa

A Marian G. Pinillos.

Hasta el mar desciende
la playa en suave pendiente
y en remanso de luz,
y apenas la cenefa de la ola dora la arena.
Son hermosos los cuerpos
que juegan al sol,
como los niños que acastillan España.

El mar se riza y abarquilla,
y apenas salta, remansado
en la luz de la bahía.

La arena destella al sol,
que dora espaldas de cuerpos jóvenes,
gozosos por un instante
en la alegría del vivir.

El agua mece
barcos y lanchas,
y el triángulo del velero
se eleva en el azul del cielo.

El amor aletea
entre el mar jugueteón

en un intervalo gozoso,
cuando el vivir es dulce,
y brazos y rostro del cuerpo amado
estrechan el corazón.

Mas la noche envuelve a los cuerpos
en un silencio de embrujo
y, al retornar al hogar,
suben la alzada pendiente
unos tras otros, taciturnos,
o en grupo de dos,
escuchando tan solo un rumor de voces
y conversaciones de casas cercanas,
y apenas el viento mueve las copas de los árboles.
El día de sol en la playa
va cayendo en olvido
y la oscuridad se cierne también sobre el corazón.